



Carta Pastoral del Obispo de Tarazona  
***Demetrio Fernández González***  
sobre el Seminario Diocesano

***El Seminario de Tarazona.  
Una nueva etapa***

Tarazona, 15 de febrero de 2006

## **EL SEMINARIO DE TARAZONA. UNA NUEVA ETAPA**

Queridos hijos de la diócesis de Tarazona, sacerdotes, personas consagradas, fieles laicos:

Desde que la providencia de Dios me dio a conocer su designio de que fuera obispo de Tarazona, uno de mis primeros pensamientos fue el Seminario Diocesano. Esa misma providencia de Dios había ido disponiendo mi vida en torno a esta parcela privilegiada de la vida de la Iglesia diocesana. Veintiséis años como profesor del Seminario, cursos de verano ofrecidos a los seminaristas como complemento de su formación, nueve años en el Seminario de Santa Leocadia para la formación sacerdotal de adultos, como vicerrector y rector. Estoy refiriéndome a un Seminario floreciente, que me ha permitido contactar con cerca de un millar de aspirantes al sacerdocio a lo largo de estos últimos 25 años, de los cuales son sacerdotes hoy más de quinientos. Por gracia de Dios, el mundo del Seminario no me es ajeno.

La Iglesia me ha confiado la tarea de formar sacerdotes desde los primeros años de sacerdote, y ahora, siendo obispo, considero esta tarea como la más importante de mi ministerio. Así tuve la oportunidad de expresarlo el día de mi ordenación episcopal, cuando saludaba a toda la diócesis: “A vosotros [seminaristas] he dedicado lo mejor de mi vida. Y espero continuar en esta tarea. Sois la esperanza y el futuro de la Iglesia”.

Y llego a una diócesis en la que el Seminario pasa por uno de los momentos más crepusculares de toda su historia, al tiempo que dispone de un gigantesco edificio, fruto de una esperanza enorme, que ha ido apagándose. ¿Querrá Dios decirnos algo a todos, obispo, sacerdotes y fieles, a partir de estos signos? De eso pretendo hablaros, queridos hijos, en esta carta que os dirijo para afrontar con esperanza el futuro de nuestro Seminario Diocesano.

### ***1. Qué es el Seminario***

El Seminario es una comunidad de personas, es un lugar, es un tiempo, es un método, unos programas. A través del Seminario, la Iglesia forma a sus sacerdotes. La etapa del Seminario comprende a jóvenes de la ESO y de bachiller, que han percibido algunos gérmenes de vocación al sacerdocio y no excluyen de su futuro prepararse para ser sacerdotes en lo que llamamos Seminario Menor, y tanto a jóvenes como a adultos -a partir de los 18 años-, decididos ya a ser sacerdotes, que se forman en el Seminario Mayor.

Los sacerdotes junto al obispo prolongan la sucesión apostólica en la diócesis. Gracias a ellos puede haber celebración de la Eucaristía en nuestras parroquias, puede llegar a todos el perdón de Dios por el sacramento de la Penitencia. Gracias al sacerdote habrá nuevos sacerdotes en nuestra diócesis. La existencia de presbíteros, por tanto, es un elemento esencial de la Iglesia diocesana, cuyo corazón es el Seminario. No sólo porque en el Seminario (Menor y Mayor) se forman los futuros sacerdotes, sino porque en torno al Seminario se genera una vida que repercute en toda la diócesis.

No me imagino una diócesis sin Seminario, es decir sin un proyecto de formación para aquellos que han de prolongar el ministerio sacerdotal en una Iglesia particular concreta.

Puede incluso suceder que, como una prueba de Dios para que nos convirtamos más a Él, haya temporadas como la actual en la que apenas tenemos seminaristas. Pero no puede suceder que la diócesis se desentienda de este tema, es impensable que el obispo y su presbiterio, y con ellos todo el Pueblo de Dios, no se ocupen prioritariamente de esta necesidad básica en la vida de la Iglesia.

La situación actual, por tanto, debe hacernos pensar seriamente qué hemos hecho, qué estamos haciendo, qué podemos hacer en este campo de las vocaciones al sacerdocio, para atender una de las necesidades más básicas de la supervivencia de la diócesis, y en definitiva de la supervivencia de la Iglesia en nuestras tierras.

## **2. Causas de la situación actual**

Son muchas las causas de la falta de vocaciones y están todas ellas relacionadas entre sí. No pretendo ser exhaustivo al enumerar algunas. Pero, de entrada, hemos de ir al fondo de la cuestión. **La falta de vocaciones se debe a un debilitamiento de la vida cristiana** en nuestras parroquias, en nuestras familias, en nuestros jóvenes. Es decir, a un debilitamiento de la vida de fe, con todas las consecuencias que eso lleva consigo. Y ese debilitamiento afecta también a los sacerdotes, restándoles entusiasmo en la vivencia de su vocación.

**2.1.** Ha bajado notablemente la **natalidad**. España es el país que tiene la tasa de natalidad más baja del mundo desde hace bastantes años. Pero la razón de fondo es la misma. Porque se ha debilitado la conciencia cristiana de la familia como nido abierto a la vida, como lugar generoso de transmisión de la vida y de los valores cristianos. Los hijos son engendrados como algo que “se tiene”, no como algo que “se da”. En ese contexto, los padres crían a sus hijos con capricho para tenerlos contentos, y de esta manera, los hijos crecen muy frágiles sin haberse enfrentado a las dificultades propias de la vida, que van curtiendo al sujeto y lo hacen capaz de afrontar nuevos y más grandes obstáculos.

Los jóvenes educados así son débiles y eluden el **compromiso para toda la vida**. Algunos antes de plantearse incluso cuál ha de ser su vocación, piensan que no serán capaces de comprometerse para siempre. El matrimonio como compromiso que ata a los esposos a muchos les parece un sueño inalcanzable. Por eso, establecen relaciones muy precarias, expuestas a la ruptura que les dejará más heridos, y no quedarán nunca satisfechos porque el hombre sólo es feliz cuando se compromete para siempre. Se sienten atraídos por un voluntariado temporal, porque son generosos y solidarios, pero no son tan capaces de decidirse a entregar toda la vida para siempre. Muchos retrasan el planteamiento de su vocación indefinidamente. Esta es la tónica general, con honrosas excepciones.

En nuestra diócesis de Tarazona se indica, además, que la **población juvenil es muy escasa**. Ha crecido la población de jubilados, mientras que los jóvenes emigran por razones de estudios o de trabajo a núcleos de población más grandes. Pero muchos de esos jóvenes vuelven a casa en los fines de semana, en las vacaciones, con frecuencia. Y, antes de marcharse, están estudiando en nuestros institutos y colegios, o trabajan en las industrias o en la hacienda familiar del campo. Si en nuestra diócesis están censados unos doce mil jóvenes de quince a veinticinco años, ¿dónde están que no acuden por nuestras parroquias?, ¿qué hacemos con los que se preparan a la confirmación o los ya confirmados? ¿No habrá en el conjunto de toda la diócesis algunos centenares de muchachos y muchachas que se interesen por Jesucristo y por su Evangelio?

Precisamente las características de nuestra diócesis pequeña facilita el contacto personal

y cercano con tales jóvenes, a los que poder proponer la vida cristiana, a los que poder hablar de Jesucristo con entusiasmo. La propuesta cristiana no llega a la mayoría de nuestros jóvenes. ¿Qué podríamos hacer? No podemos contentarnos con ofrecer la celebración de la misa del domingo. A esas horas, la mayoría de nuestros jóvenes están durmiendo. Y ya que no vienen a misa, busquemos momentos de contacto y de formación a otras horas, sin despreciar las noches del viernes y del sábado, antes de que salgan a divertirse.

En una diócesis pequeña como la nuestra quizá sea una utopía (es decir, algo irrealizable) pensar que el Seminario que el siervo de Dios obispo Manuel Hurtado mandó construir en los años cincuenta pueda llenar hoy su capacidad de quinientos alumnos aspirantes al sacerdocio. Estuvo lleno en su momento, y este obispo de alma grande proyectó un Seminario a medida de las necesidades de la diócesis. ¿Por qué motivo aquella esperanza ha llegado casi a desvanecerse?

Hoy las circunstancias han cambiado por las razones antes expuestas. Pero de esos centenares de jóvenes que están en torno a nuestras parroquias, ¿no podrán salir algunas docenas de ellos que se preparen en nuestro Seminario (Mayor y Menor), de manera que garanticemos la atención pastoral de nuestra diócesis dentro de veinte años? Esto no es una utopía, está al alcance de nuestra mano. Estoy convencido de que es un don que Dios quiere concedernos, si nos ponemos a la tarea de elevar el nivel de la vida cristiana en nuestra diócesis.

**2.2.** A todas estas razones sociológicas, cuyo denominador común es un debilitamiento de la vida cristiana, se añaden otras razones eclesiológicas que se nos presentan como retos de una incompleta recepción del Concilio Vaticano II, que ha de ser completada. Estamos ante un asunto de vida o muerte para el presente y el futuro de nuestra Iglesia diocesana.

Hay quienes piensan que el sacerdote *ya no es tan necesario* como antes. Antes, el sacerdote lo era todo en una parroquia, y más todavía en una parroquia rural. Hoy muchas de esas necesidades están cubiertas por los servicios de una sociedad desarrollada. Hemos pasado de una sociedad en que la parroquia era el punto de referencia necesario para la convivencia de nuestras gentes, a una sociedad que organiza su vida al margen de Dios, si no en contra.

Ciertamente, se ha renovado la imagen del sacerdote y ha cambiado mucho la sociedad en que vivimos, pero el sacerdote sigue siendo *hoy más necesario que nunca*. Nuestra gente tiene necesidad de Dios, y más que antes, porque le es más difícil respirar el sentido religioso de la vida. Los niños y los jóvenes no crecen en un ambiente favorable a la fe y hay que crear esos ámbitos donde despierten a otra visión de la vida, a una visión creyente, atendéndolos en la parroquia y en los ámbitos educativos donde se nos permita, quizá con una convivencia, con un campamento, con unos Ejercicios espirituales, un Cursillo Cristiandad, revitalizando su bautismo en un Catecumenado, etc.

Las familias cristianas viven en un mundo hostil, que les incita constantemente a la infidelidad matrimonial, al consumo, a la rebeldía de los hijos contra los padres, a una visión de la vida en la que Dios no cuenta. Ahí es más necesario que nunca el sacerdote, que acompaña, anima, propone iniciativas que ayuden a las familias, etc. Y no olvidemos a los abuelos, que siguen siendo un apoyo fundamental en la familia. Ellos dan estabilidad y cobertura afectiva en esta época de cambios tan repentinos. También los abuelos necesitan del sacerdote en las circunstancias actuales en las que viven, que son muy distintas a las de su juventud.

No faltan voces que propugnan *una Iglesia sin sacerdotes*, al estilo protestante, como si el sacerdocio fuera una institución tridentina, de cuyo lastre tiene que deshacerse la Iglesia de nuestros días. Según esta idea equivocada, llevada al extremo, no habría sacramento del Orden, ni carácter sacramental, ni sacralidad alguna en el sacerdote. Todo quedaría reducido a una mera funcionalidad. Sin llegar a tanto, ése es el estilo secularizado que a veces resuena en nuestros ambientes, sobre todo en algunos ambientes clericales. El sacerdote sería el hombre elegido por la comunidad y puesto al servicio de la misma, según los criterios democráticos. Algo así como un sacristán cualificado, un funcionario de lo religioso, que atiende necesidades básicas de nuestras gentes y cumple unos servicios.

Este modelo de sacerdote, por supuesto, no incluye el celibato, sino que lo considera como una carga impuesta, de la que habría que liberar a los nuevos candidatos, mediante el llamado celibato opcional. Este modelo de sacerdote no tiene inconveniente en promover el sacerdocio de la mujer, aunque la Iglesia no se considere con capacidad para hacerlo. Algunos piensan equivocadamente que este es el perfil del sacerdote que ha presentado el Vaticano II.

Pero ese modelo de Iglesia no es la que Cristo ha fundado, este modelo de sacerdote no es el que Cristo ha instituido, y si promovemos este estilo de sacerdote o caminamos en esa dirección, no tendremos vocaciones, pues Dios no llama por ahí. La doctrina de la Iglesia es muy rica al presentar el perfil de sacerdote que quiere para nuestro tiempo. El siglo XX ha sido el siglo del sacerdocio. Los distintos afluentes de la rica tradición eclesial han desembocado en el Concilio Vaticano II (1962-1965), en su preciosa aplicación por parte de Pablo VI y de Juan Pablo II, sobre todo en la exhortación apostólica postsinodal *Pastores dabo vobis* (25-III-1992).

Necesitamos recuperar la imagen vivida del sacerdote católico, enamorado de Cristo hasta vivir su celibato con entusiasmo, en una entrega constante a Dios y a los hermanos. El sacerdote que considera su sacerdocio como un don de Dios y lo recibe con gozo y gratitud. El sacerdote que no es elegido por la comunidad, sino que es llamado por Dios para servir a Dios y a los hombres. El sacerdote que es consagrado por el sacramento del Orden, y es configurado con Cristo con carácter indeleble, como sacerdote para siempre. Un sacerdote así suscita a su alrededor ganas de ser como él, suscita nuevas vocaciones al sacerdocio. Todos los sacerdotes hemos encontrado en nuestra vida presbíteros así, y antes de responder a la llamada de Dios, hemos visto realizada esa vocación en personas concretas. ***Hoy hacen falta sacerdotes que susciten en los jóvenes ganas de ser como ellos.***

Todo eso lleva consigo un estilo de vida. Un sacerdote así es un sacerdote austero, no necesita tantos medios materiales, ni sueña con un coche mejor al estilo del mundo, ni gasta horas en ver la TV o internet, porque no tiene tiempo para ello. Un sacerdote así rezuma por todos sus poros amor a la Iglesia, a su Obispo, al Papa. Un sacerdote así no busca su propia voluntad o su capricho para instalarse en la vida, sino que busca la voluntad de Dios servida por sus superiores o reclamada por sus feligreses. Un sacerdote así es un sacerdote orante y trabajador, le faltan horas del día para hacer todo lo que se le ocurre, para rezar como debe, para atender a los fieles que le han encomendado. Un sacerdote así no adopta formas mundanas de diversión, no es vanidoso ni perezoso, viste como cura de manera sencilla. Sacerdotes así, enamorados de Cristo y de su sacerdocio, suscitan a su alrededor ganas de ser como ellos.

Los jóvenes de hoy, como los de siempre, a pesar de sus fragilidades o quizá precisamente por ello, tienen olfato para descubrir al sacerdote entregado. La crisis de

vocaciones que padecemos, además de las causas señaladas, tiene mucho que ver con la imagen de sacerdote que ofrecemos los mismos sacerdotes.

### ***3. Qué podemos hacer***

Ante una situación así, siempre estamos a tiempo de remontar la crisis y de recuperar la esperanza perdida en muchos corazones. Estamos a tiempo de ver reverdecer nuestra diócesis en el tema vocacional. Todavía es momento de ver nuestro Seminario con jóvenes que se preparan al sacerdocio, y que garanticen la sucesión en el ministerio sacerdotal para nosotros y para la Iglesia universal.

Quisiera transmitir a todos los diocesanos una palabra de aliento en este punto, y lo hago dándoos las razones de mi esperanza teológica. Los frutos no podrán verse de un día para otro, pero si perseveramos en la esperanza, veremos las maravillas de Dios. La falta de esperanza en este momento sería una pereza mortal.

Cuando he comentado algunos de los planteamientos de esta carta, he constatado el deseo de que esto pudiera ser, junto a cierta desesperanza de que esto ya no es posible en nuestra diócesis. Yo me resisto a pensar que ya no es posible. “Todo es posible para el que cree” (Mc 9,23).

Hemos recibido la misión no de fundar la Iglesia, que ya está bien fundada sobre el cimiento de los apóstoles, pero hemos de contribuir a la revitalización de la Iglesia con el mismo entusiasmo, o mayor si cabe, que han tenido los Fundadores. Pensemos en algunos muy cercanos geográficamente, como san Francisco Javier o la Madre Rafols, por ejemplo, y veremos cómo de la nada Dios ha hecho en ellos maravillas y han dejado una huella impresionante de renovación en la Iglesia. ¿Nuestra diócesis va a ser menos que cada uno de esos Fundadores? Ellos partían de cero en muchos aspectos, nosotros tenemos acumulada una historia de santidad que juega a nuestro favor.

¡Somos la Iglesia santa de Dios! Sí, Tarazona es una diócesis completa, con todos los elementos de una Iglesia particular en comunión con la Iglesia universal. Creemos firmemente en la Iglesia, y en los recursos internos que la misma Iglesia tiene para renovarse desde dentro. La renovación en la Iglesia nunca vendrá porque adoptemos las formas del mundo, sino porque nos dejamos vivificar por sus jugos maternales y fecundos.

### ***4. ¡Señor...aumenta mi fe!***

**4.1.** Si nos ponemos a hacer cálculos puramente humanos, la situación que vive la diócesis de Tarazona y otras diócesis cercanas no puede ser más desalentadora. Además, si miramos a la vieja Europa, encontramos justificada nuestra actitud. La tentación más frecuente es el derrotismo, tirar la toalla y prepararnos a bien morir. Ese derrotismo se manifiesta a veces en el afán de culparnos unos a otros. Sin embargo, no podemos sucumbir a esa tentación, si escuchamos al que nos dice: “No temáis, yo he vencido al mundo” (Jn 16,33).”Esta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe” (1Jn 5,4).

En esta vieja Europa hay muchos rebrotes de algo nuevo: diócesis enteras, grupos, antiguas comunidades renovadas y nuevas comunidades fundadas recientemente, nuevos movimientos. Y en todo ello, jóvenes, muchos jóvenes, que esperan y encuentran en la Iglesia lo que sólo la Iglesia puede darles: a Jesucristo como única esperanza del mundo. Toda esta realidad nueva reclama pastores que les acompañen, y de esa misma realidad brotan vocaciones sacerdotales y religiosas que renovarán nuestro viejo continente. El

encuentro de jóvenes en Colonia con el papa Benedicto XVI ha sido una constatación de esta realidad.

Hemos de situarnos en una visión de fe. Éste es precisamente el momento de la esperanza, de la esperanza teologal que sólo se apoya en Dios, porque ha constatado que todas las razones e ideologías humanas no sirven. Y Dios se lucirá, si confiamos en Él, porque Él nunca falla. No estamos pidiendo algo que convenga más o menos. Estamos pidiendo sacerdotes según el corazón de Dios, sin los cuales la Iglesia se acabaría en nuestras tierras. Y Dios tiene más interés que nosotros en que su Iglesia se perpetúe en medio de nosotros.

**4.2.** En la antigua Alianza, el pueblo elegido por Dios no era el pueblo más numeroso de la tierra, ni el más poderoso. Dios eligió un pueblo pobre y humilde para hacerle depositario de su amor, de sus promesas, de su predilección. Cuando el pueblo de Dios confiaba en sus propias fuerzas, se sentía instalado en su bienestar, o buscaba alianzas ajenas a Dios, se acarrea unas crisis, que le llevaban casi a la desaparición, e incluso le llevaron al destierro, a punto de extinguirse. Cuando el pueblo de Dios vivía estas situaciones límite, volvía a Dios, y Dios sentía compasión de su pueblo, y su pueblo recuperaba la esperanza al constatar que Dios no le había abandonado.

En la nueva Alianza, Dios ha actuado de la misma manera. Ha elegido a la Virgen María, mujer pobre y humilde, para hacer en ella la maravilla de las maravillas, hacerla Madre de Dios por el misterio de la Encarnación de su Hijo eterno. De esta manera, Belén, la más pequeña de las ciudades de Judá, pudo dar al mundo al Salvador de todos los hombres. “¿No te importa Señor que perezcamos? –Hombres de poca fe, por qué habéis dudado?” (Mt 8,25-26). En esta barca de la Iglesia, va Jesucristo con nosotros, y en Él confiamos, sólo en Él. No es una empresa meramente humana. “Esta es una guerra del Señor” (1Sm 17,47), dijo David al enfrentarse a Goliat.

**4.3.** ¡Tarazona, sé tú misma! Reconoce los dones que has recibido de Dios, y en la memoria agradecida de tales dones, mira al futuro con esperanza. Vivimos en una diócesis pequeña y pobre, pero esto no es obstáculo para que Dios haga en ella maravillas. Más aún, Dios elige lo pequeño para mostrar su gloria y su poder. Os invito a esperar en el Señor, incluso contra toda esperanza. “Voy a hacer algo nuevo, ¿no lo notáis?” (Is 43,19). Dios no ha abandonado a la diócesis de Tarazona, aunque nosotros a veces nos hayamos apartado de Él. Volvamos a Él y Él nos curará y nos hará experimentar su misericordia.

Desde esta esperanza y confianza en Dios, la primera tarea a realizar es la oración por las vocaciones sacerdotales en nuestra diócesis. ***Toda la diócesis ha de ponerse en estado de oración, y de oración vocacional***, con la confianza de ser escuchados y de alcanzar aquello que pedimos. “Rogad al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies” (Lc 10,2). Transmitamos a los niños, a los enfermos, a las personas que oran esta preocupación del obispo y de toda la diócesis. Una oración que comprometa nuestra vida, que nos haga disponibles a cambiar lo que haga falta, que nos haga dóciles a la voluntad de Dios, expresada en la enseñanza de la Iglesia. Una oración que lleve a la conversión y al compromiso serio.

Queridos sacerdotes, me dirijo especialmente a vosotros, para que introduzcáis en vuestro ministerio de intercesión esta intención tan grave y tan necesaria para nuestra diócesis de Tarazona. *Clama, ne cesses* (Is 58,1). Estemos seguros de que Dios nos escuchará, y no tardará en hacerlo.

## 5. *Revitalicemos la vida cristiana de nuestra diócesis*

Si la crisis vocacional se inserta en una crisis más generalizada de la vida cristiana en nuestras parroquias, el remedio debe venir por un reforzamiento de esa misma vida cristiana con todos los medios a nuestro alcance, y especialmente con los medios sobrenaturales que Dios ha puesto en nuestras manos: oración, ayuno para la conversión, participación de la cruz redentora, renovación de la caridad y del amor primero, con el gozo espiritual que brota de la vida de la gracia.

Para eso, hemos de ir a lo esencial. Todavía hay un buen rescoldo en la conciencia de nuestro pueblo. Hay que soplar con delicadeza, hay que echar leña al fuego, y el fuego se encenderá, y alumbrará y calentará a todos los de la Casa. Todavía hay jóvenes o adultos generosos que pueden responder a la llamada del Señor. Todavía hay número abundante de sacerdotes para hacer esta tarea. ¡Vamos todos a una! No es momento de quedarse rezagados, ni de entretenernos a discutir quién es el primero, mientras nuestro pueblo languidece. Os pido, por el amor de Dios, que vivamos muy unidos al obispo en este tema.

**5.1.** El Año de la Eucaristía nos ha centrado en lo más importante que tiene la Iglesia, Jesucristo, y éste en el Sacramento del altar. Por qué no prolongar los frutos de este Año eucarístico. Potenciemos la mejor participación de los fieles en la Eucaristía, cuidemos los cánticos, las moniciones, la homilía. Todavía hay muchos miles de personas que participan semanalmente en la *misa del domingo*. Aprovechemos para educar a los niños y a los jóvenes en esta participación. Y hagamos que toda la parroquia gire en torno al Santísimo Sacramento. Este es el tesoro de la Iglesia, que hemos de cuidar con esmero. A esta fuente inagotable hemos de conducir a nuestros fieles, niños, jóvenes, adultos y ancianos, matrimonios y familias enteras. Ahí está la fuente viva, la fuente de la aldea, de la que brotan todas las gracias para la comunidad creyente.

Propaguemos la *adoración* nocturna, en la que pueden engancharse jóvenes que a otra hora no participarían. Es una excelente ocasión para formar a jóvenes y adultos en la vida cristiana. Y ofrezcamos momentos semanales de adoración diurna, donde puedan participar todos. Si a nuestra gente la llevamos a Jesús, y la enseñamos a orar, hemos dado el paso más importante de nuestro ministerio. Lo demás vendrá por añadidura.

**5.2.** Hablemos y exhortemos a la recepción del *sacramento de la Penitencia*. Como os decía en otra carta, este sacramento es un cauce privilegiado de evangelización personalizada. Eduquemos la conciencia de los niños y los jóvenes por este cauce. Aprovechemos para alentar a los esposos y padres de familia en su deseo de ser mejores. Ofrezcamos la oportunidad a las personas mayores, que encuentran un desahogo y un consejo oportuno a través de este sacramento. Dios ama a cada uno, y los penitentes tienen derecho a recibir la misericordia de Dios personalizada. Puede ayudar la celebración comunitaria de la Penitencia, con confesión detallada y absolución individual (¡nunca la confesión genérica ni la absolución colectiva!), pero si reducimos el sacramento a estas ocasiones comunitarias, hemos matado su fuerza educativa en el uno a uno que se acerca a confesar.

En el poco tiempo que llevo en la diócesis he percibido la notable pérdida de los Claretianos en Calatayud y de los Jesuitas en Veruela, que no ha sido suficientemente compensada. Ellos llevaban el “peso del día y el calor de la jornada” en el campo de las confesiones individuales, atendiendo durante horas y horas a jóvenes y adultos. Debemos recuperar la riqueza del sacramento, invitando a unos y otros a confesarse con frecuencia. Ellos misionaban nuestras pequeñas parroquias rurales, y les daban un impulso



evangelizador de cuando en cuando. ¿Por qué no recuperar esas misiones, actualizadas en sus métodos, pero centradas siempre en lo mismo: Jesucristo, su Iglesia, la vida cristiana? Seríamos capaces de hacerlo entre todos. Volveré sobre esto en otra ocasión.

**5.3.** La *religiosidad popular* es un cauce precioso de evangelización para la gente pobre y sencilla. Las fiestas patronales, sobre todo las del Santo Cristo y las de la Virgen, tienen un gancho enorme, como no lo tiene ninguna otra realidad social en nuestro entorno. Cuidemos para que sean momentos fuertes de experiencia religiosa, de acercarse a confesar y a comulgar. En ocasiones hemos despreciado con ligereza muchas expresiones de religiosidad popular, en aras de una fe pura (y a veces desnuda y desencarnada). Y, sin embargo, para mucha gente sencilla ése es el único cauce de conexión con Dios y con el mundo sobrenatural. Aprovechemos todo este caudal para la evangelización y para revitalizar la vida cristiana de nuestras gentes. Fomentemos el sentido religioso de todas estas manifestaciones. Propongamos romerías y peregrinaciones a los santuarios de la Virgen, y convirtamos estas ocasiones en momentos privilegiados de encuentro con Dios, en los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía.

Curiosamente, muchos jóvenes conectan con estas expresiones sencillas y a veces folklóricas. No faltan quienes lo hacen por una tradición familiar heredada. Probablemente en muchos casos se acerquen sólo para tocar el tambor. ¿Vamos a dejarles sin aprovechar las ocasiones de darles una catequesis adecuada? Vayamos allí donde están los jóvenes, y acercándonos a ellos busquemos la manera de llevarles a Jesucristo y de acercarles a los sacramentos con motivo de la celebración de la Pascua. No tengamos miedo de “sacramentalizar”, llevémosles a Jesús por los cauces que él mismo ha establecido: el perdón para los pecadores en el sacramento de la Penitencia y el sacramento de la Eucaristía, que alimenta la profunda comunión con Él. Y junto a esto, que es lo esencial, otras actividades formativas, lúdicas, de voluntariado, etc. Así, año tras año podrán adquirir una formación que ahora no tienen.

**5.4.** Suscitemos el voluntariado para obras sociales, motivándolo sobrenaturalmente: Caritas, Manos Unidas, Cochabamba, etc. De la Eucaristía bien vivida, brota todo eso. Hay mucha gente dispuesta a hacer cosas. Demos sentido cristiano a todo lo que hacemos desde la parroquia. Que la actividad sirva para evangelizar y desemboque en la Eucaristía. Abrámonos de par en par al horizonte misionero. Nuestra diócesis ha sido bendecida por Dios en el contacto directo con Cochabamba. Alentemos iniciativas, que ensanchen nuestras preocupaciones más allá de nuestro campanario. Donde surja alguna iniciativa buena, apoyémosla todos.

Se trata de revitalizar la vida de fe de nuestras parroquias, con iniciativas de evangelización (catequesis, convivencias, misiones populares, grupos de reflexión bíblica, encuentros de matrimonios, retiros, etc.), cuidando -con todo esmero y fidelidad a las normas de la Iglesia- la Liturgia en la parroquia, en las fiestas patronales, en la religiosidad popular, fomentando el testimonio cristiano que brota de la caridad. Hay mucho que hacer. No es momento para la pereza o el derrotismo.

## **6. La familia**

La familia es el primer Seminario. En familias cristianas bien fundamentadas, donde se respira un ambiente sano de amor entre los esposos, es donde mejor crece la persona y cada uno de los hijos. Por eso, la familia ha de ser un campo prioritario de toda la pastoral, y también de la pastoral vocacional.

Ahora bien, puesto que los hijos son escasos, a los padres, aún siendo católicos, les cuesta hoy más prescindir de uno de ellos, que muchas veces es el único. Estemos atentos, sacerdotes y catequistas, para ayudar a los padres en esta mayor generosidad, tanto en el sentido de ser fecundos biológicamente, como en el de ser generosos al permitir que sus hijos se entreguen al Señor. No faltan casos en los que, cuando el niño o el adolescente ha expresado su deseo de ser sacerdote, los padres le han disuadido, prorrogando indefinidamente la decisión, que acaba por desvanecerse: “Tú ahora estudia, y cuando seas mayor, ya decidirás”, etc.

No pierden a su hijo cuando lo entregan a Dios, pues el hijo es de Dios antes que de ellos. Y si Dios le llama, ellos han de respetar esta vocación, como respetan otras opciones de sus hijos. Más aún, deben sentirse contentos de que en su familia Dios llame a alguno de sus miembros para el sacerdocio. Y esta llamada puede llegar en la infancia, en la adolescencia, en la juventud o en la adultez. Que los padres no se opongan ni aplacen la respuesta. Como al niño Samuel, cuando Dios llama, hay que educar para la respuesta generosa (cf. 1Sm 3).

Padres y sacerdotes, renovemos la *confianza en el Seminario Menor*, como lugar donde los adolescentes y jóvenes reciben una buena educación humana y cristiana, y donde se les ayuda a discernir su posible vocación sin coacciones ni “comeduras de coco”. El Seminario Menor es un ámbito privilegiado para crecer sanos, protegidos de tantos peligros que hoy acechan a los más jovencitos, para cultivar una vida cristiana acorde con su edad y sus capacidades y para decidir libremente su propio futuro vocacional. Ese momento de los quince años es el momento de los grandes ideales y de las entregas generosas. Cuidémoslo, especialmente en el Seminario.

Mi experiencia personal es una experiencia muy positiva y gozosa del Seminario Menor. Fue para mí una etapa feliz de mi vida, de mi desarrollo en todos los niveles. Pienso sinceramente que si la Iglesia no me hubiera ofrecido la ayuda del Seminario Menor, quizá no hubiera sido sacerdote. Para mí, esta experiencia fue posible porque mis padres supieron prescindir generosamente de un hijo, cuando podía hacerles un gran servicio en casa. Las familias han de entender que el Seminario Menor es una gran ayuda para sus hijos, incluso en el caso en que un día descubran que su vocación no es el sacerdocio.

Para ello, actualicemos continuamente los objetivos del Seminario Menor, para convertirlo cada vez más en una escuela de vida cristiana. No es simplemente una residencia donde los chicos estudian los cursos correspondientes a su edad. El Seminario Menor se instituye para convivir con Jesús. Es, por tanto, un cauce evangelizador privilegiado en la diócesis.

## **7. La parroquia**

La parroquia es la Iglesia que se acerca hasta nuestras casas, es la fuente de la aldea donde todos van a beber. En la parroquia, y más todavía en nuestra diócesis rural, todos nos conocemos. La parroquia es un ámbito de cercanía de unos con otros, y sobre todo es un ámbito de cercanía de Dios a los hombres: en sus fiestas, en la misa del domingo, en el diario vivir, cuando nacen y mueren, en las experiencias más vitales de la existencia.

En la parroquia es muy fácil para el sacerdote acercarse a los niños, cuando se preparan a la *primera Comunión* y después. Hay parroquias en las que todos los niños son monaguillos en esta etapa. Las niñas pueden hacer distintos servicios, como el de cantoras o el de lectoras o el de llevar las ofrendas. Es preferible que al altar sirvan los niños.

Permitidme esta recomendación.

Tanto los niños como las niñas están en óptimas condiciones para descubrir en su infancia que Jesús les quiere, y mucho. En algún momento hemos de enseñarles que Jesucristo llamaba a todos, hombres y mujeres, para seguirle, y a algunos para seguirle de cerca, como puede ser hoy la vida consagrada, y, por tanto, en el grupo de los discípulos había hombres y mujeres, como nos muestra el Evangelio. Entre esos discípulos, Jesús llamó a doce varones para ser apóstoles. No discriminó a las mujeres actuando así. Y la Iglesia hace lo que hizo Jesús<sup>1</sup>. Jesús eligió a una mujer, la Virgen María, como la más excelsa de las criaturas, para ser su madre. Todos estamos llamados a admirarla, a imitarla y a tenerla por madre.

Precisamente con los niños *monaguillos* debemos tener algunas convivencias anuales. Que vengan al Seminario, que jueguen y tengan algunos ratos de oración, que participen en alguna liturgia presidida por el obispo diocesano. Pero sobre todo, que cultiven su trato con Jesús, la confesión y la comunión frecuente, el rezo de alguna partecita del rosario. En fin, que tengan alguna pauta de vida cristiana, más necesaria hoy, en cuanto que viven más a su capricho. Donde se han cultivado estas convivencias de monaguillos, han hecho mucho bien y algunos han percibido ya en ese momento la llamada de Dios al sacerdocio. Y a todos les ha servido de catequesis más intensa en la iniciación cristiana. Y con las niñas puede hacerse otro tanto, en grupos apropiados para ellas.

Otro momento a cuidar es la preparación para el sacramento de la **Confirmación**, que suele durar dos años. Al menos una vez cada año, estos jóvenes debieran tener alguna convivencia de fin de semana completo por parroquias o por arciprestazgos, e incluso a nivel de toda la diócesis. Y, si pueden visitar el Seminario, mejor. O acudir a algún santuario de la Virgen. La Virgen María es ejemplo de vida cristiana, y lo es especialmente para la juventud.

Cuidar en este momento el sacramento de la confesión, que se les hace más costoso. Hablarles de la vida de gracia y de la belleza de la virginidad y de la castidad, que sientan cercana la misericordia de Dios a través del sacramento de la Penitencia, que nos hace limpios de corazón. Que descubran en profundidad la amistad con Jesús, Dios verdadero y hombre verdadero, el que nos perdona y es amigo cercano. Que aprendan a distinguir entre las propuestas que el mundo les hace y el camino de la amistad con Jesucristo. Las “dos banderas” de san Ignacio se presentan en este momento de la vida como disyuntiva continua, ante la que hay que elegir. No abaratar el camino cristiano. Cualquier rebajamiento en este momento de la vida es una traición, cuando precisamente la persona es capaz de entusiasmarse con los grandes ideales. Seamos muy exigentes en la propuesta y muy comprensivos ante los fallos reconocidos. Y brotarán vocaciones al sacerdocio, a la vida consagrada y al matrimonio cristiano.

Si hemos hecho este seguimiento desde la infancia y lo hemos retomado en la preparación a la Confirmación, será más fácil que algunos continúen después de ser confirmados, prolongando el servicio al altar, la amistad con el sacerdote, la participación en algún grupo formativo, el voluntariado de caridad y quizá la participación en convivencias de verano o concentraciones y encuentros de jóvenes en donde se cuiden todos estos aspectos.

La *pastoral juvenil* en cada parroquia no es más que una prolongación de lo anterior. Pero, como en este caminar, bastantes quedan desenganchados de la misa dominical y del seguimiento de Jesucristo, es necesario que de tanto en tanto haya reclamos y convocatorias

para reunir a los jóvenes de la parroquia, del arciprestazgo, de la diócesis. No tengamos miedo a las concentraciones y a las “movidas” juveniles. También en nuestra pastoral hemos de introducir estas “movidas”, que convocan, que enganchan, que establecen nuevas relaciones de amistad entre los jóvenes. De poco servirían estas movidas si no hay un acompañamiento anterior o posterior, pero, para los jóvenes que buscan, estos encuentros son muy útiles, porque se dan cuenta de que en su vida cristiana no están solos, a pesar de que el mundo les dice que la vida cristiana es un asunto irrelevante y pasado de moda. El Papa Juan Pablo II tuvo la intuición de descubrir el valor de estos encuentros, y los jóvenes del mundo entero, hoy ya maduros, se lo agradecen enormemente.

Queridos jóvenes y queridos sacerdotes, estemos atentos a tales encuentros. Tenemos alguno a la vista. La “javierada” del próximo 11 de marzo, para jóvenes. Y el Encuentro Mundial de las Familias en Valencia los días 8 y 9 de julio, para el que está anunciado la visita del Papa. Preparemos este encuentro con matrimonios, con familias jóvenes y con los mismos jóvenes. El encuentro en Colonia del pasado mes de agosto ha dejado en todos los participantes huellas imborrables. Lástima que no fueran muchos más de nuestra diócesis.

### ***8. Colegios de la Iglesia e Institutos***

En nuestra diócesis tenemos cuatro colegios de la Iglesia, tres de las Hermanas de la Caridad de Santa Ana y el diocesano de la Sagrada Familia, y seis institutos públicos, además de otros cauces de formación profesional. Unos cinco mil alumnos, de los cuales más de mil adolescentes y jóvenes son alumnos de los colegios de la Iglesia. A ellos están dedicados profesores seculares, religiosas, sacerdotes. Es una población juvenil considerable. ¿No podríamos tener algún encuentro anual los jóvenes cristianos de estos cuatro colegios de la Iglesia, con todos los demás que quisieran sumarse? La Iglesia debe adelantarse en propuestas de este tipo para jóvenes, que los mismos jóvenes acaban agradeciendo.

Es una etapa preciosa de la vida y crucial para su futuro. Por eso quizá haya tantas dificultades, porque en esta etapa se juega mucho de la vida personal de estos jóvenes, que son el futuro de nuestra sociedad y de la Iglesia.

En colaboración con los padres, que son los primeros responsables de la educación de sus hijos, debemos acercarnos a esta población estudiantil con propuestas de vida cristiana atractivas. La pastoral con todos estos muchachos y muchachas no es fácil, pero es urgente. Apoyemos las asociaciones católicas de padres de alumnos (CONCAPA), no sólo en los colegios de la Iglesia, sino también en los colegios públicos, donde también hay padres católicos. Los padres piden a la Iglesia que atienda a sus hijos especialmente en esta etapa de la vida. Ya existen iniciativas eficaces en algunos lugares de España, que organizan diversiones sanas en colegios de la Iglesia para todos los jóvenes, en la noche del viernes y del sábado. Un colegio no puede limitarse a las actividades escolares. Imaginemos qué podemos hacer.

La Iglesia debe presentárseles como algo vivo y vital, como quien puede ofrecerles lo que nadie más puede ofertarles. A través de los sacerdotes, de las religiosas o de los seculares, la Iglesia debe ser para ellos quien les ofrece a Jesucristo, quien les acerca la misericordia y el perdón de Dios, quien les abre un horizonte de esperanza, que no termina ni siquiera con la muerte, quien les hace posible una fraternidad solidaria, que les lleva a compartir. “Se puede ser moderno y ser cristiano”, decía Juan Pablo II a los jóvenes en Cuatrocientos-Madrid.

Debemos presentarles un **rostro atrayente de la Iglesia** y enseñarles a amar a la Iglesia, como se ama a una madre buena, llena de vitalidad, de juventud y de limpia hermosura. Una de las campañas más frecuentes en nuestros días, orquestada con todos los medios de comunicación a su servicio, es la del desprestigio continuo y sistemático de la Iglesia, para apartar a nuestros contemporáneos, y especialmente a los jóvenes, de su credibilidad. Este es un signo de los tiempos, que debe llevarnos continuamente a presentar a la Iglesia en todo lo que tiene de positivo, que es muchísimo. No hay institución humana que tanto bien haga a la humanidad. En qué colectivo humano puede presentarse un catálogo de hombres y mujeres, los santos, que han renovado todas las épocas de la historia humana. Somos miembros de esa familia de héroes, de hombres y mujeres grandes que, apasionados por Jesucristo y por su Evangelio, se han volcado con los demás y han transformado la historia humana.

Demos a conocer a nuestros jóvenes las **vidas de los santos**. En la juventud y durante toda la vida es necesario tener referentes de conducta que entusiasmen. Por eso, ellos admiran a los divos del cine, de la canción, del deporte, etc. La Iglesia tiene un catálogo para todos los gustos y para todas las edades. No se lo ocultemos. Por ejemplo, este año en el quinto centenario del nacimiento de Francisco Javier, no dejemos de hablarles de este joven tan atrayente y tan estimulante.

Y junto a los santos de todos los tiempos, ese batallón de misioneros y misioneras por todas las partes del mundo, amando gratuitamente y sembrando solidaridad por todas partes. Los **misioneros** de la Iglesia católica, muchos de los cuales se juegan la vida cada día, deben ser dados a conocer a los jóvenes de hoy. Estoy seguro que les harán pensar y les abrirán su corazón a la esperanza. Y debemos proponer a los jóvenes cauces de voluntariado, para que hagan sus ensayos, saliendo de sí mismos y de su comodidad.

Cuando nuestra Europa envejecida, después de proclamar la muerte de Dios, afirma que la Iglesia no tiene ninguna relevancia social, los jóvenes de Juan Pablo II han acudido sin ser convocados por nadie, haciendo unas colas hasta de catorce horas, para dar el último adiós a un amigo querido, que les ha hablado de Jesucristo y les ha presentado todas las exigencias de la vida cristiana, sin rebajas. La constatación de este hecho, hizo exclamar al cardenal Ratzinger en su funeral: “La Iglesia está viva. La Iglesia es joven. La Iglesia sabe que lleva en su seno el futuro del hombre”.

En la pastoral vocacional, que se inserta en el conjunto de la pastoral juvenil, hemos de transmitir el **gozo de pertenecer a la Iglesia**. No hay ninguna empresa humana que pueda alcanzar las cotas de bondad, de solidaridad, de atención a los pobres, de empuje apostólico como la Iglesia, y concretamente como la Iglesia católica. Y no hay una ética tan consistente, tan coherente y tan beneficiosa para el hombre como la que presenta Jesucristo en su Evangelio y nos transmite la Iglesia a lo largo de dos mil años. Hablemos sin tapujos a los jóvenes de la moral católica en el campo social y en el campo sexual. Ellos son capaces de entenderlo, y antes o después se sentirán atraídos por la bondad, la belleza y el bien de tales propuestas.

El joven rico del Evangelio era rico por ser joven (cf Lc 18,18ss). Cuando se acercó a Jesucristo, éste no le entretuvo con dinámicas pedagógicas (que pueden ser útiles en ciertos momentos), sino que le habló directamente de los mandamientos, es decir, de la ética cristiana, e incluso se atrevió a proponerle “llegar hasta el final” vendiéndolo todo para seguirle a Él. Con ese mismo atrevimiento hemos de dirigirnos a los jóvenes de hoy. Ellos tienen derecho a que les presentemos sin miedo estas propuestas. Habrá quienes se marchen tristes porque es un “lenguaje duro” (Jn 6,60), y ya recapacitarán en otro momento, pero

también habrá quienes dejándolo todo le seguirán, como hicieron los apóstoles (cf. Mt 4,22).

Jesucristo tiene gancho para los jóvenes, también para los jóvenes de hoy. Y cuanto más difícil se pone el ambiente, más atrayente es vivir la novedad del Evangelio. Dadme un grupo de jóvenes enamorados de Jesucristo y con deseo de vivir la moral del Evangelio, e incendiamos la diócesis de Tarazona y el mundo entero.

Si nuestra diócesis, a través del obispo, de los sacerdotes, de los catequistas, de los profesores, de los padres de familia, etc, sabe presentar esta necesidad perentoria que la Iglesia tiene de sacerdotes, no faltarán *vocaciones en la edad adulta*, que recibiendo la llamada del Señor, se decidan a responderla. El Señor buscó obreros para su viña a todas las horas de la jornada: en la mañana, al mediodía y hasta por la tarde. “Id también vosotros a mi viña” (Mt 20,7). Y los que respondieron, recibieron su justo salario. Nunca es tarde para hacer el bien. Sean bienvenidos los jóvenes ya maduros o los adultos que, oyendo la voz del Señor, quieren trabajar en su viña como sacerdotes. El Seminario atenderá cada caso personalmente y los capacitará adecuadamente para ser dignos ministros del Señor en su Iglesia.

### **9. El obispo y sus sacerdotes**

En toda esta pastoral juvenil y vocacional, deben ponerse al frente el obispo y sus sacerdotes. No es tiempo de cobardías, ni de encogimiento, ni de timideces o complejos porque ya tengamos cierta edad. Salgamos al campo de batalla con actitudes de victoria, no de derrota. Siempre estamos a tiempo de acercarnos a un joven y hablarle con ardor de Jesucristo. Una de mis experiencias más gozosas en el ministerio sacerdotal es ver con qué ojos miran los jóvenes, chicos y chicas, cuando se les habla con ardor de Jesucristo. Y es que de Jesucristo no se puede hablar de otra manera, si uno está enamorado de Él.

Sacerdotes, jóvenes o mayores, no tengáis miedo de acercaros a los jóvenes de vuestras parroquias. Habladles de Dios, de la vida cristiana, del descubrimiento de Jesucristo, de la moral católica, del amor a la Iglesia. No les entretengáis con otros sucedáneos. Id directamente al grano, y perded con ellos todo el tiempo que haga falta, hasta que se acerquen a comulgar, después de haber confesado humildemente sus pecados. Proponedles continuamente la vida de la gracia. No os desanime que los frutos no se vean inmediatamente. Es tiempo de siembra, ya llegará la cosecha.

Plantead en cada arciprestazgo si es posible organizar algunas de las acciones que aquí se proponen, u otras que a vosotros se os ocurran. Poned vuestra imaginación al servicio de la pastoral juvenil. ¿No será posible reanudar los campamentos de verano con este tono evangelizador y de sana diversión? ¿No podremos organizar alguna peregrinación, donde los jóvenes convivan, confiesen y comulguen y se lo pasen bien? ¿No podremos organizar alguna convivencia a lo largo del año para los de Confirmación? Que nuestra obsesión sea llevarles a Jesucristo. Él hará lo demás.

Y en el marco de esta pastoral juvenil, pensad qué se puede hacer en orden a proponer el camino del sacerdocio a los jóvenes. Cuidemos a los monaguillos, hablemos a los padres sobre la propuesta del Seminario Menor para quienes apuntan a ser sacerdotes, cuidemos a los de Confirmación, y sobre todo, oremos al Dueño de la mies que mande trabajadores a su mies. Estad seguros de que veremos los frutos.

### **10. Algunas propuestas concretas sobre el Seminario Mayor de Tarazona**

El Seminario Mayor de Tarazona, después de algunos tanteos, quedó instalado hace más de treinta años en algunas viviendas de la calle Ávila, n. 26, en Zaragoza. Ello ha permitido asistir a las clases del CRETA (Centro Regional de Estudios Teológicos de Aragón), que se instituyó por aquellas fechas. Y eso ha dado sus frutos. Ahí están los resultados. Aprovecho para agradecer en nombre de la diócesis de Tarazona a todos los que han trabajado en este campo durante tanto tiempo. A los vivos y a los difuntos.

En la actualidad, han cambiado notablemente las cosas. Los signos de los tiempos tampoco son hoy los mismos que hace treinta años. Ya no se busca esa concentración de seminaristas en la sede metropolitana. En muchos lugares de España y de Europa, los seminaristas, que en otro tiempo acudían a la metrópoli, han vuelto a sus sedes respectivas. Y curiosamente, quienes han vuelto a sus sedes han conocido un florecimiento vocacional, en algunos casos muy notable. Véanse, por ejemplo, las diócesis de Andalucía en los últimos treinta años.

En todo caso, dadas las circunstancias que vivimos, hemos de dar en nuestra diócesis un giro a la situación, puesto que no podemos llegar a menos de lo que hemos llegado. Considero como más propio de una buena eclesiología de la Iglesia particular que los seminaristas, si los hay, sean muchos o sean pocos, se formen en su diócesis, junto a su obispo con la ayuda del presbiterio diocesano, que asumen como tarea prioritaria la de formar a sus propios sucesores.

No me resigno a tener lejos a los seminaristas, de manera que los vea sólo de visita. Quiero tener a los seminaristas en casa. Estaré muy cerca de ellos para rezar juntos, para hablar con cada uno, para ocuparme de cada uno, para conocer a cada uno personalmente. No ordenaré a ninguno que no haya conocido y tratado personalmente a lo largo de su formación. Espero encontrar buenos colaboradores para esta tarea tan medular en la diócesis, pero sin dejar de ser yo mismo el primer formador de los aspirantes al sacerdocio.

Cuando no hay Seminario en la sede de la diócesis, poco a poco se va perdiendo el interés por el estudio cualificado en los sacerdotes. Y eso empobrece tremendamente a una diócesis, porque, al no haber sacerdotes dedicados también al estudio, la formación permanente del presbiterio, de los seglares y de las religiosas se resiente. Incluso el obispo se plantea con recelo que sus sacerdotes vayan a completar estudios de licenciatura o doctorado, pues cuando terminen sus estudios, ¿dónde podrán transmitir lo que aprendieron? Cuando el centro de estudios está fuera de la diócesis, los sacerdotes que han estudiado o en el futuro estudien en facultades eclesiásticas ¿tendrán acaso que buscar otros foros, distintos de la propia diócesis, para realizar su vocación de docencia, con la falta que nos hacen en Tarazona sacerdotes dedicados a esto?

Es decir, la ausencia de Seminario Mayor en la sede diocesana introduce en una espiral empobrecedora, que afecta a toda la diócesis, y muy particularmente al presbiterio diocesano, que pierde la capacidad de “criar” a sus retoños.

Con la ayuda de Dios y con las distintas colaboraciones que hemos de buscar, me propongo devolver a la diócesis de Tarazona este vivero que la rejuvenezca. Empezaremos pobremente y con toda humildad. Pero, con la mirada puesta en el Señor, estoy seguro de que Dios nos bendecirá y nos dará seminaristas a los que formaremos con todo esmero, para nuestra diócesis y para la Iglesia universal. Los seminaristas deberán estar cerca del obispo y de quienes colaboran más directamente en esta tarea, en un clima de familia, creando un

ambiente formativo que evite la dispersión y ayude al aprovechamiento de esta etapa preciosa que precede a la ordenación sacerdotal.

El Seminario debe formar pastores, es decir, debe formar integralmente personas que sean capaces de afrontar la tarea pastoral en su día. No se preparan mejor para la acción pastoral porque realicen muchas actividades que son propias de pastores, sino formándose como personas que un día se dedicarán a ello. Las prácticas pastorales deberán dosificarse progresivamente. La formación en cualquier ámbito, especialmente la formación sacerdotal, necesita hoy más que nunca cierto sosiego y recogimiento, más todavía cuando nuestra sociedad es tan proclive a la dispersión, y los jóvenes son víctimas de este desbaratamiento.

“No somos monjes”, suele decirse en nuestros comentarios clericales. Y es cierto, el sacerdote diocesano ha de formarse para afrontar el trabajo pastoral directo y para vivir muchas veces a la intemperie. El ejercicio de la caridad pastoral será la fuente de su santificación. Pero el monje tendrá la garantía de un monasterio y de un cuadro estable de vida, que le ayudará a mantenerse fiel. El sacerdote diocesano, sin embargo, o lo adquiere en su etapa formativa del Seminario, o nunca más lo adquirirá. Si el sacerdote, y más en nuestro tiempo, no ha adquirido hábitos firmes y estables (de oración, de estudio, de trabajo, etc.) durante su etapa del Seminario, el Seminario no le ha formado en lo más esencial. En la formación hemos de cuidar no sólo que aprendan a hacer cosas, sino que aprendan a ser. Y esto lleva consigo un serio trabajo *ad intra*.

Los seminaristas mayores que estudien en nuestro Seminario de Tarazona dispondrán de buenos profesores, con competencia profesional y de probada fidelidad a la enseñanza de la Iglesia. Estaré muy atento para que reciban la sana doctrina, la que nutre y no hincha, la que anima a entregarse al Señor y no neutraliza los entusiasmos juveniles, sino que los potencia encauzándolos. Con una biblioteca actualizada, nuestros seminaristas podrán estar a la altura de lo que hoy les pide la Iglesia y el mundo.

La liturgia vivida a lo largo del año litúrgico será la fuente permanente de espiritualidad del sacerdote diocesano y el momento en el que se celebra y se vive lo que antes o después se lleva a la mesa de estudio. De la oración al estudio y del estudio a la oración. No hay otra forma de acercarse a los misterios de la fe, de los que uno no sólo ha de ser erudito, sino ante todo testigo. La teología ha de ser una “teología arrodillada” en frase feliz de Balthasar, una teología que cambia la vida, enciende el corazón y convierte. Es la ciencia de la cruz, la única que salva al mundo.

Procuraremos enseñar la doctrina del Concilio Vaticano II, como el gran acontecimiento eclesial de nuestro tiempo, y todo el Magisterio de la Iglesia perteneciente a la tradición viva de la Iglesia, la moral católica, que Juan Pablo II ha propuesto en la *Veritatis splendor*, el Catecismo de la Iglesia Católica, la disciplina de la Iglesia plasmada en el nuevo Código de Derecho Canónico y en las orientaciones pontificas. Estamos tocando lo más sagrado de la Iglesia, y con esto no podemos jugar. El ciclo institucional debe proporcionar una síntesis vital y doctrinal del misterio cristiano que encienda el corazón en ansias misioneras y apostólicas. Estos son los pastores que hoy necesita la Iglesia.

Y los que terminen sus estudios, accederán al grado de Bachiller en Teología, y, si tienen capacidades intelectuales para ello, completarán sus estudios en las mejores Facultades de Teología de la Iglesia. Y, perfeccionados sus estudios, podrán ser buenos pastores-profesores que reciclen la propia diócesis. La diócesis de Tarazona no tiene que resignarse a ser cenicienta, si es que en la Iglesia hay categorías de este tipo. Un presbítero que estudie en Tarazona puede tener como horizonte entregar su vida entera a esta diócesis. Aquí tendrá



trabajo, incluso trabajo intelectual, y eso debe estimularle a prepararse cada vez mejor para el servicio de esta diócesis que le necesita. Y si Dios le abre el horizonte de la Iglesia universal, la diócesis de Tarazona será generosa como lo ha sido siempre, y la diócesis se enriquecerá al dar desde su pobreza.

Queridos diocesanos: Vivimos tiempos recios en que se buscan “amigos fuertes de Dios” (Sta.Teresa). En estas circunstancias no debemos achicar nuestra esperanza. Es mucho lo que Dios quiere concedernos. Hemos de apiñarnos unos con otros, y conspirar todos hacia un mismo objetivo. La unión hace la fuerza. Vivamos unidos con la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en su santa Iglesia, una, católica y apostólica, que en el obispo tiene su clave de bóveda para la Iglesia diocesana. La “guerra es del Señor” (1Sm 17,47). Como David afrontemos la lucha confiados en el nombre del Señor, y contemplaremos asombrados las maravillas de Dios.

Termino encomendando a nuestra Madre del cielo, la Virgen Inmaculada, titular del Seminario de Tarazona, esta nueva etapa del Seminario Diocesano:

*Santa María, Virgen y Madre,  
Madre de Dios y madre nuestra,  
te presentamos nuestra diócesis de Tarazona,  
pequeña y pobre como tú,  
pero en esta pequeñez Dios quiere obrar maravillas,  
como ha hecho en ti.  
Auméntanos el gozo de pertenecer a la Iglesia  
en esta diócesis,  
que tiene una historia gloriosa de santidad  
y afronta el futuro llena de esperanza.  
Concede a las familias cristianas ser la Iglesia doméstica  
donde nacen abundantes hijos  
y crecen sanos de cuerpo y alma  
Alienta en los jóvenes el deseo de acercarse  
y parecerse a tu Hijo Jesucristo y a ti, que eres su madre.  
Acompaña y protege especialmente  
a los que son llamados por Dios al sacerdocio  
y a la vida consagrada,  
y haz que nuestra diócesis  
sea capaz de acoger estas vocaciones,  
acompañarlas, y formar los sacerdotes del mañana.  
A tu Corazón de Madre nos consagramos  
y bajo tu amparo nos acogemos,  
no desoigas la oración de tus hijos necesitados,  
líbranos de todo peligro,  
oh siempre Virgen gloriosa y bendita.*

A todos os bendigo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

+ *Demetrio Fernández, obispo de Tarazona*  
Tarazona, febrero de 2006

**OBISPADO DE TARAZONA**